

absolutamente nada!»—Calcúlese la dicha del padre, la alegría de toda la familia.

Luego después María comió. Sucedió esto por la tarde, y al día siguiente se levantó de la cama. Quedábale alguna debilidad, pero nada de sus dolores, ni experimentaron sus miembros estremecimiento alguno. La enfermedad había desaparecido como si la hubiesen quitado con la mano.

Ocurrió esto en los primeros días de Octubre. Seis meses después no había reaparecido ningún síntoma de aquella enfermedad tan violenta y que iba á ser mortal; la joven aldeana ha gozado del más constante bienestar, y ha trabajado valiente y vigorosamente. No se acuerda de haber llegado á las puertas de la muerte, sino por la dicha de saber que la ha librado Nuestra Señora de Lourdes.

La Virgen Santísima ha recompensado así magníficamente la fe del padre. Por esto el venerable Cura de la parroquia ha dicho después más de una vez á María Rousse: «La Virgen de Lourdes te ha salvado, hija mía, pero no por causa tuya; tú no has entrado para nada, á lo que creo, porque no podías hacer gran cosa en tu estado. A tu padre lo debes, María, á su gran fe, á sus súplicas y lágrimas.»

XLI

Curación milagrosa de Pedro Hanquet,
maestro albañil de Liége

No obstante mi deseo de no cansar á mis lectores con repeticiones, no puedo prescindir de referir ahora otro milagro de la Virgen Inmaculada de Lourdes, obrado recientemente en Bélgica y que ha hecho mucho ruido en aquellas católicas provincias.

Hé aquí cómo Pedro Hanquet, albañil de Liége, narra su maravillosa curación:

«Con las manos levantadas al cielo, juro no decir más que la verdad.

«Mi enfermedad data de más de diez años; pero en Mayo de 1862 fué cuando me apercibí de que había perdido casi todas mis fuerzas. Contaba entonces la edad de cuarenta y un años. Me fué preciso renunciar á toda fatiga, y particularmente al movimiento de brazos. Muchas veces probé el volver á mi antiguo régimen de vida, pero no era posible. Arrastrando como pude, llegué al fin de dicho año, 1862. Había consultado á los médicos, pero debo confesar que con el previo propósito de no sujetarme á ningún tratamiento regular. Confiaba en que el Invierno me pondría bien, como anteriormente había ya sucedido.

«Por la Primavera de 1863, no experimentando mejoría alguna en mi estado, resolví seguir el consejo de

Mr. Michotte, médico de nombradía. Encontró un reblandecimiento de la médula espinal, y me ordenó fricciones tres veces al día.

«A fines de Diciembre del mismo año recrudeció mi mal, y por vez primera recibí la sagrada Comunión en mi aposento. Había perdido enteramente el apetito. Un poco de harina cocida con leche una vez al día, fué mi único alimento durante algunas semanas.

«Desde el mes de Febrero hasta Julio de 1864, no tomé casi nada, excepto un poco de té ó café. Hasta entonces podía dejar la cama y estarme algún tiempo sentado; mas después del 6 de Julio me fué ya imposible. Pasé en mi lecho de dolor los tres años siguientes, sin poder volverme del lado derecho ni del izquierdo. Únicamente cuando el aire era muy frío podía moverme un poco, pero esto era rara vez. Debo permitirme decir que lo que agravaba extraordinariamente mi triste estado era la cesación completa durante quince, veinte y hasta treinta y seis días, de una función del todo necesaria á la vida.

«Sin embargo, á beneficio de nuevas prescripciones del doctor Gilkinet, experimenté algún alivio y pude tomar algún alimento, concluyendo por hacer una ligera comida cada día. Esto me sustentaba suficientemente, sin darme fuerzas para abandonar la cama. La vida entonces me pareció soportable.

«En este intervalo el doctor Termonia vino también á visitarme con una solicitud que me admira

todavía. Hízome, entre otras, dos largas visitas, en virtud de las cuales no pudo dejar de decirme que estaba atacado de una porción de enfermedades. «Puedo afirmar que las tenéis de todas clases,» me dijo amigablemente. Y antes de partir dijo á mis padres, con todo el miramiento posible, que su presencia sería en adelante inútil.

«Al cabo de los tres primeros años que pasé en cama, antiguos tumores hemorroidales degeneraron en horribles abscesos, los cuales se sucedieron sin interrupción durante cinco ó seis meses, obligándome á estar de lado. A lo menos encontré el alivio de no tener que guardar día y noche la posición supina.

«Los abscesos en 1867 fueron reemplazados por una erisipela que se agravó de día en día y me causó terribles tormentos, especialmente por la noche. Esta nueva enfermedad hizo de mi cuerpo una hoguera. Aun en Invierno no podía aguantar sobre mi pecho más que una sábana. Mis piernas flacas y privadas de sangre tuvieron que ser calentadas constantemente con botellas de agua caliente durante seis años, hasta en medio del Verano.

«Durante los dos últimos años, mi espinazo estaba encorvado como un aro de tonel. No podían bajarme de la cama por más de cinco ó seis minutos, y únicamente cada diez, quince ó veinte días para removerla un poco y cambiar las ropas.

«Á contar desde el mes de Febrero de este año, 1869, el mal empeoraba de día en día y ganaba te-

rreno; mi pobre cuerpo sucumbía á la podredumbre. Ni de día ni de noche tenía un instante de reposo. Al fin comprendí que era preciso entregar mi alma á Dios, y tal fué desde entonces el término de mis deseos. Calculando las fuerzas que me quedaban, me persuadí de que en el mes de Diciembre tendrían fin mis penas. Mis padres estaban, á mi ver, en la misma persuasión. El cielo empero lo había decidido de otra manera.

«El día 15 de Octubre último, uno de mis hermanos me trajo para distraerme el libro recientemente publicado de Mr. Lasserre: *Nuestra Señora de Lourdes*. Aquel día acababa yo una novena, cuyo resultado me parecía más distante que nunca. Casi desesperaba, pues, de ser oído, cuando mi hermano, que nada sabía de la novena, me trajo aquel libro admirable.

«Púseme luego á leerlo, y me conmovió hasta las últimas fibras de mi sér. Cada vez que recorría algunas páginas, se anegaban en lágrimas mis ojos, tapándome entonces el rostro para ocultarlas, pero era imposible disimular mi emoción. Cuando llegué á las curaciones que refiere el libro, oí por tres veces una voz interior que decía: *¡Tú también serás curado!*

«Algunos días después mi hermano me preguntó si habría medio de procurarse agua de Lourdes.—Sin duda, le contesté.—En tal caso dijo, nosotros la tendremos,» y escribió en seguida al abate Peyramale, cura de Lourdes.

«Apenas hubo marchado la carta, me asaltó una duda: «¿Crees tú, me decía, que un trago de agua y una simple loción podrán curar tus males crónicos? «¿Cuentas con que la Virgen Santísima va obrar por tí un milagro? ¿Mas sería tal vez por tu familia? Pero ¿no puede pasar fácilmente sin tí?» Sin embargo, todos estos pensamientos desaparecieron en vista de la botella de agua de Lourdes, que nos llegó el 27 de Noviembre. Cuando la pusieron encima de mi cama, la besé. «Paréceme, decía, que me habla.»

«Hacia las sies de la tarde mi hermano me preguntó si quería las lociones aquel día. «Sí, le dije, pero más tarde, cuando todos se habrán retirado, excepto mi padre y tú.» Había perdido de nuevo la confianza y tenía miedo á las chanzas. Á las diez y media de la noche quedamos solos y tranquilos: mi hermano encendió entonces un cirio bendecido y rezó en alta voz las Letanías de la Virgen Inmaculada.

«Un poco antes yo había hecho secretamente en mi corazón un acto de completa resignación á la voluntad de Dios. «Virgen santa, había dicho, no puedo casi orar, mas dignaos pedir por mí á vuestro divino Hijo la gracia que más me convenga: ó morir, ó sufrir, ó curarme, con tal que sea á mayor gloria de Dios, de lo cual depende mi mayor bien. Venga ahora la operación.»

«Mi hermano destapa la botella y me llena un vaso,

que bebo de un sorbo. Toma un lienzo, y lo empapa en aquella milagrosa agua. «Empieza, le dije, por el «pescuezo, y frota el espinazo y todos los huesos hasta los piés.» Cuando llegó á las regiones del corazón, perdí la palabra y empecé á exhalar dolorosos gemidos. Resollaba como un agonizante. Mi buen hermano se apresuraba, y á cada miembro que tocaba repetía: «Nuestra Señora de Lourdes, rogad por «nosotros.» Mas en el fondo de su alma pensaba que había llegado mi última hora y que iba á tener en sus manos un cadáver.

«Apresuróse, pues, á arreglar las ropas y quiso taparme. Yo aparté la sábana, porque sufría atroces dolores. En aquel momento puse en el suelo la punta del pié, y luego, gimiendo siempre, puse el otro: en seguida, afianzándome con las manos en la cama, me levanté gritando más y más hasta que me hube enderezado del todo. En aquel solemne momento mi hermano me abandona un instante para tomar un frasco de agua de Colonia; pero con la cabeza le hice seña de que no la quería, cesando entonces mis gritos.

«Mi anciano padre, que al principio de la operación se había colocado en un rincón para rezar el Rosario, estaba delante de mí con mi hermano lleno de creciente asombro.

«De repente exclamé: «¿No veis como vuelvo á «la vida?—Sí, respondió mi hermano; hace muchos «años que no te había visto tan derecho.» Algunos

segundos después, corrí al medio del cuarto, me dirigí de nuevo á mi cama, púseme un paletó y volví á andar.

«Mi cuarto me parecía pequeño en demasía, y alargué mi paseo al vecino aposento. ¡Oh! Me acordaré siempre de los gritos de contento que salían de mi pecho: «Veis, decía, cuán poderosa es la Santísima Virgen; ya veis que es preciso amarla y venerarla; ya veis que los impíos son unos impostores;» y otras expresiones semejantes. Estaba loco de alegría!

«En vista de semejante milagro, dijo mi hermano, «no podemos permanecer aquí solos,» y se fué á buscar la demás familia.

«Se me olvidaba indicar el tiempo; empleáronse cerca de cinco minutos en las lociones. En cuanto á mi curación, que siguió inmediatamente, calculo que se efectuó en el espacio de un minuto y medio.

«Mi hermano volvió á entrar á eso de las once, acompañado de mis otros hermanos Enrique y Augusto y de mi sobrino Enrique. Mi cuarto se llenó luego de parientes y amigos.

«Uno de mis hermanos, reparando en un fusil de guardia nacional, me dijo: «Pedro, puesto que es «así, es menester que hagas el ejercicio;» y me hace manejar el arma en tres tiempos, cosa que ejecuté con facilidad y hasta con destreza.

«Permanecemos de pié hasta las tres de la madrugada. Dos veces nos postramos para dar gracias á

Dios y á la Inmaculada Virgen. Había yo bebido un vasito de licor y uno de vino, y además fumé una deliciosa pipa.

« Dormí muy poco, pues á las siete estaba ya en pié. Ocurrióseme entonces la idea de ir á hacer el duende en casa de mi cuñada y sus hijos. Para ello era necesario subir una escalera de diez y siete peldaños, lo cual hice con presteza. Bajé por otra escalera para ir á despertar á mi buen padre, anciano de cerca de ochenta años de edad. Sólo él, á lo que después supe por una parienta, estaba en la convicción de que me curaría milagrosamente, y hacía mucho tiempo que todos las días oraba para alcanzarme esta gracia. Mas al momento en que llamé á su puerta para despertarlo, creyó de pronto que había sido juguete de un sueño, pues se guardó de abrir, aun después de haberme preguntado mi nombre, porque no conoció mi voz. Realmente me había sido devuelta la vida.

« Ya la gente afluía para verme. El viejo paletó que me había puesto la vispera, era hacía tiempo la única pieza de mi ajuar; lo demás había sido dado á los pobres. Fué por tanto preciso que mis hermanos y mi sobrino me prestasen pantalones, zapatos, etc.

« Estuve de pié aquel día hasta las siete y media de la tarde, que por consejo de mis amigos fui á acostarme, no pudiendo dormir mucho. A las dos de la madrugada salté de la cama, porque el hambre me acosaba.

« Felizmente había allí cerca provisiones. Esperé, pues, que amaneciese, comiendo, leyendo, y sobre todo rezando á la Virgen Santísima.

« Por la mañana hice un buen desayuno, lo cual no impidió que antes de la noche hiciese otras tres comidas. La afluencia de gente á mi casa aumentaba más y más. Recibí entre otros á los doctores Termonia y Davreux. Retiréme á las ocho y dormí perfectamente.

« Todos mis males han desaparecido en un instante, como un sueño. Encorvadura, tisis, erisipela, inchazones y otros tormentos del cuerpo y del alma, todo ha desaparecido. Apenas me reconozco á mí mismo.

« El martes recibí á más gente que los dos días anteriores. Convenimos en familia ir todos á comulgar el día siguiente en acción de gracias. El miércoles, pues, nos hallabamos reunidos mis padres, algunos amigos y yo en la Iglesia de San Dionisio, donde tuve la dicha de recibir á mi Dios y de asistir por vez primera, después de mucho tiempo, á la celebración del Santo Sacrificio. Una hora después entrabamos en casa; arrojéme en brazos de mis queridos padres, y nos sentamos á la mesa llenos de alegría.

« Durante los primeros once días recibí según dicen, á más de quinientas personas, á quienes tuve que contarle todo con sus detalles.

« Quince días hace que estoy curado. Duermo siete ú ocho horas de un sueño, mi apetito es exce-

lente, y debería remontarme á veinte años atrás para hallar un bienestar semejante al de que ahora disfruto.

« Honraré y amaré más que nunca á María, la Reina de cielo y tierra. Hago esta relación para agradecerle y pagarle un ligero tributo de reconocimiento. ¡ Sea por siempre alabado su nombre !

« Liège, (Bélgica, calle Cheravoie, 17) 12 de Diciembre de 1869. — *P. J. Hanquet.* »

Siguen dos certificados muy explícitos de los doctores Termonia y Davreux, acreditando por una parte el estado crítico é incurable de Mr. Hanquet y por otra el carácter instantáneo, inaudito, absolutamente inexplicable, bajo el punto de vista del arte, de su curación completa y radical.

Repitémoslo al terminar estos relatos; los milagros se multiplican sin número en la sagrada gruta de la Inmaculada Concepción; y el agua milagrosa de Lourdes, remitida cada día á los cuatro lados de la Francia, y más lejos todavía, es frecuentemente la bendita mensajera de curaciones, de favores sobrenaturales, debidos á la muy santa, muy poderosa, muy misericordiosa é Inmaculada Virgen María.

XLII

¿Qué debemos deducir de todas estas maravillas bajo el punto de vista de la fe?

Ante este resplandeciente conjunto de milagros, acumulados, por decirlo así, unos sobre otros, y cuya evidencia se impone á la crítica más exigente, alegrémonos de ser hijos de la santa Iglesia católica, que Dios no cesa de visitar, y á la cual continúa dando el testimonio divino por excelencia, el testimonio de los milagros. En su origen el milagro era la gran prueba de la verdad de la fe; y aunque actualmente no sea ya necesario, no es menos útil á nuestra inteligencia, demostrando la experiencia con qué fuerza reanima y consuela nuestra fe.

Mas si la fe es divina y absolutamente cierta, seamos consecuentes con nosotros mismos, practiquémosla fielmente, enérgicamente, cueste lo que cueste, sin regatearla. Estamos dentro de la verdad, poseemos la verdadera luz y la verdadera vida: seamos cristianos, seamos fervorosos.

En segundo lugar, conforme lo hemos indicado ya más arriba, concluyamos de todas estas maravillas, no sólo la legitimidad, sí que también la excelencia del culto á la Santísima Virgen. Vivimos en un tiempo de semiracionalismo en que muchos cristianos están llenos de preocupaciones respecto á la

piedad: no nos dejemos coger por ese semiprotetantismo, y como verdaderos hijos de la Iglesia católica, sirvamos, amemos, honremos con todas nuestras fuerzas á la Virgen Santísima, Madre de Dios y Reina de los escogidos. Con tal de que no la *adorem* (pues sabido es que la adoración á Dios sólo es debida), estamos siempre por debajo de lo que le *debemos*: decidme, ¿qué cristiano amará, honrará á la bienaventurada Virgen tanto como la ha amado y honrado su divino Hijo. Nuestro Señor?

En tercer lugar, saquemos de la contemplación de las maravillas de Lourdes una ardiente renovación del espíritu de fe y de fervorosa devoción al misterio de la Inmaculada Concepción, el cual es la perla preciosa de nuestro siglo y el escudo de la Iglesia en las luchas de los tiempos venideros.

En efecto, ¿qué es la gracia del misterio de la Inmaculada Concepción sino la gracia del triunfo total de la Santísima Virgen contra Satanás? Ella le aplasta la cabeza, y por esto nada puede contra Ella. Desde María, esta gracia de inocencia y de victoria, pasa á la Iglesia, á fin de que pueda triunfar completamente de la astuta serpiente que seis mil años hace seduce al mundo. Ayudada de la gracia de la Inmaculada Concepción, asistida de su Reina la Virgen María, concebida sin pecado, la Iglesia aplastará la cabeza de la serpiente y triunfará del Anticristo. Nosotros, fieles católicos, hijos de María, miembros vivientes de Jesús, armémonos de esta misma gra-

cia, marchemos guiados por esta luz, y siguiendo las huellas queridas de la Inmaculada, de la Virgen sin mancilla, llevemos una vida inocente y pura: fuertes con la fe, fieles á la Eucaristía, fervorosos en la oración.

El gran milagro de Lourdes, único en su género, es como el coronamiento celeste de la definición, dogmática del 8 de Diciembre de 1854, de la cual parece que es el eco, el divino reflejo. La Virgen Inmaculada y Pio IX, el misterio de la Inmaculada Concepción y el de la infalibilidad pontificia, no deben estar separados ni en nuestro espíritu ni en nuestro amor.

La consoladora evidencia de la fe católica, la excelencia del culto y del amor á la Virgen Santísima, la fidelidad á la soberana gracia del misterio de la Concepción: tales son, bajo el punto de vista de la fe, las tres primeras consecuencias que brotan, como tres rayos de luz, de las maravillas que la misericordia de Dios ha hecho aparecer en estos últimos años en la gruta de Lourdes.